

ALDEA
LITERARIA

Buen día,
camaradas
ONDJAKI



**ALDEA
LITERARIA**

**Buen día,
camaradas**
ONDJAKI

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramadora: Azul De Fazio

Título original: *Bom Dia Camaradas*

Traducción: Evelia Romano

Ondjaki,

Buen día, camaradas / Ondjaki. - 1a ed. - Boulogne :
Cántaro, 2018.

128 p. ; 19 x 14 cm. - (Aldea literaria)

Traducción de: Evelia Romano.

ISBN 978-950-753-574-1

1. Literatura. I. Romano, Evelia, trad. II. Título.

CDD 863.9282

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2018

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-574-1

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**ALDEA
LITERARIA**

**Buen día,
camaradas**

ONDJAKI

INDICE

11 Parte I

89 Parte II

127 El autor

*Al camarada Antonio;
a todos los camaradas cubanos;*

*también para ellos, mis increíbles compañeros de escuela: Bruno B.,
Romina, Petra, Catarina, Aina, Luaia, Kalí, Filomeno, Claudio, Afrik,
Kiesse, Helder, Bruno "Viola", Murtala, Iko, Tandu, Fernando, Márcia,
Carla "Scooby", Enoch, Mobutu, Felizberto, Eliezer, Guiguí, Filipe, Manú,
Vanuza, Helio, Delé, "Sergio Cabeleira", y todos los otros incluidos en estas
vivencias, pero cuyos nombres me ha robado el tiempo (y los nombres
verdaderos que dejé en esta historia son para homenajearlos, solo eso);*

*además, a Jacques, por darme la oportunidad de ir otra vez en busca
de todo este sueño;
a María "che" que puso el español en boca de los camaradas
profesores cubanos;
a Rykard, que ayudó;
a Dada, por su ternura y su cuidadosa revisión.*

Y tú, Angola:

*Bajo el húmedo velo de la rabia, las quejas y las humillaciones,
imagino que te elevas, vapor rosado, expulsando las tinieblas de la noche.*

Carlos Drummond de Andrade¹

¹ Poeta y escritor brasileiro (1902-1987). [N. de la T.]

Parte I





—**P**ero, camarada Antonio, ¿no prefieres que el país sea libre? Me gustaba hacer esa pregunta cuando entraba en la cocina. Abría la heladera y sacaba la botella de agua. Antes de que alcanzara los vasos, el camarada Antonio ya me estaba pasando uno. Sus manos dejaban en el vidrio las marcas gordas de sus dedos, pero yo no me atrevía a rechazarle el gesto. Me servía, bebía un trago, dos, y me quedaba esperando su respuesta.

El camarada Antonio respiraba primero, cerraba la canilla después. Se limpiaba las manos, movía las ollas sobre las hornallas. Entonces, decía:

—Niño, en tiempo de los blancos esto no era así...

Después, sonreía. Yo quería, con todo mi ser, entender aquella sonrisa. Había oído historias increíbles sobre malos tratos, pésimas condiciones de vida, salarios injustos, y todo eso. Pero al camarada Antonio le gustaba soltar esa frase a favor de los portugueses, y sonreía así, haciéndose el misterioso.

—Antonio, ¿tú trabajabas para un portugués?

—Sí —sonreía—. Era un señor director, buen jefe, me trataba muy bien.

—¿Pero eso no era allá, en Bié²?

2 Provincia de Angola, en la parte central del país. [N. de la T.]

—No, aquí mismo, en Luanda³. Estoy aquí desde hace mucho tiempo, niño, desde antes de que naciera usted.

Yo esperaba sentado más palabras. El camarada Antonio hacía las tareas de la cocina, sonreía, pero se quedaba callado. Todos los días tenía el mismo olor, aun cuando se bañaba; siempre parecía tener olor a cocina. Agarraba la botella, la llenaba con agua hervida, y la volvía a poner en la heladera.

—Pero Antonio, quiero más agua.

—No, niño, ya está —decía él—. Si no, después no tenemos agua fría para el almuerzo y su madre se enoja.

Mientras preparaba la botella de agua y limpiaba la mesada, el camarada Antonio deseaba continuar con sus tareas sin mi presencia. Yo entorpecía la libre circulación por la cocina; además, ese espacio le pertenecía solo a él. Le gustaba poco tener gente dando vueltas por allí.

—Pero Antonio... ¿No te parece que cada uno debe mandar en su país? ¿Para qué estaban aquí los portugueses?

—Mira, niño, en aquel tiempo la ciudad estaba bien limpia, tenía de todo, no faltaba nada.

—Pero Antonio, ¿no ves que no tenía de todo? Las personas no ganaban un salario justo; los negros no podían ser directores, por ejemplo...

—Pero siempre había pan en la tienda, niño, los autobuses funcionaban —dijo con una sonrisa.

—Pero nadie era libre, Antonio... ¿No lo ves?

—¿Cómo que nadie era libre? Claro que eran libres, podían caminar por la calle y todo...

—No es eso, Antonio —me levantaba del banco—. No eran angoleños los que gobernaban el país, eran portugueses... Y eso no puede ser. El camarada Antonio solo se reía.

3 Capital de Angola.

Sonreía al hablar, y al verme entusiasmado decía “¡Este chico!”, y entonces abría la puerta que daba al patio, buscaba con la mirada al chofer y le decía: “¡Este chico es terrible!” y el camarada João sonreía sentado a la sombra del mango.

El camarada João era el chofer del ministerio. Como mi papá trabajaba en el ministerio, él también llevaba y traía a mi familia. Algunas veces, aprovechaba la oportunidad y me iba con él a la escuela. Era delgado y bebía mucho: de vez en cuando, aparecía por la casa muy temprano a la mañana, ya borracho, y nadie quería subirse al auto con él. El camarada Antonio decía que ya estaba acostumbrado, pero yo desconfiaba. Un día me llevó a la escuela y fuimos conversando.

—João, ¿a ti te gustaba cuando los portugueses estaban acá?

—¿Qué dice, niño?

—Que antes de la independencia, ellos eran los que mandaban. ¿Te gustaba esa época?

—La gente dice que el país era diferente... no sé...

—Claro que era diferente, João, pero hoy también es diferente. El camarada presidente es angoleño, los angoleños están a cargo del país, no los portugueses...

—Claro, criatura —a João le gustaba reírse también, y después se ponía a silbar.

—¿Tú trabajaste para los portugueses, João?

—Sí, pero era muy joven... Y estuve en la selva, con las guerrillas, también...

—Al camarada Antonio le gusta hablar bien de los portugueses —dije provocándolo.

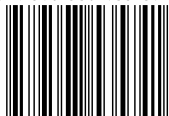
—El camarada Antonio es más viejo —dijo João y yo no entendí bien qué quería decir.

Al pasar por unos edificios muy feos, le dije adiós con la mano a una camarada profesora. João me preguntó después quién era, y yo le respondí:

Ndalu está terminando la escuela en Angola a fines del siglo xx. Está en ese momento de la vida en que aprendemos la nostalgia, nos enfrentamos a la muerte y el mundo se abre como un sendero propio a transitar. Todo lo maravilloso y lo doloroso de vivir se cuela a través de su mirada, que va perdiendo la inocencia infantil y se inicia en el mundo adulto.

ALDEA
LITERARIA

ISBN 978-950-753-574-1



9 789507 535741 >

 macmillan
education

 cántaro

Lectura sugerida
a partir de los **13** años.